

LA MONTAÑA DEFENDIDA O EL DESTINO NARRATIVO DE LOS “CASTILLOS DE LA MALA COSTUMBRE” EN LAS *SER GAS* *DE ESPLANDIÁN*

CARLOS N. SAINZ DE LA MAZA
Universidad Complutense de Madrid

La investigadora italiana Anna Bognolo estudió hace algunos años la presencia en el *Amadis de Gaula* de un motivo característico de la materia artúrica europea: el “castillo de la mala costumbre”¹. Dicho motivo, heredero de estructuras narrativas míticas relacionadas con el tema del viaje iniciático al Otro Mundo, se articulaba en cuatro etapas sucesivas:

1. Un caballero se acerca a un castillo de siniestro renombre y decide desvelar el misterio que en él se encierra, desatendiendo todas las advertencias que recibe acerca de los peligros que tal empresa entraña.
2. Tras superar diversas barreras físicas y humanas que, por lo general, lo obligan a entrar en combate, el caballero es recibido en el castillo.
3. Le resulta imposible salir del castillo si no acaba previamente, con las armas en la mano, una empresa en la que lo maravilloso cumple un papel esencial.
4. La culminación de la hazaña le permite liberar a los inocentes presos en el castillo y devuelve la libertad y felicidad a los habitantes del mismo (que en la tradición artúrica es casi siempre un burgo amurallado, no una fortaleza). Más tarde, el caballero prosigue su camino errante.

El carácter nefasto del castillo, casi siempre explicado *a posteriori*, se asocia a su papel de sede de un “*mauvais usage*”, humillante y/o doloroso para quienes intentan llegar a él, y casi siempre ajeno a la voluntad de los habitantes del burgo. El éxito del caba-

¹ A. Bognolo, “Dal mito alla corte. I castelli della malvagia usanza (Studio di un tipo di avventura arturiana e della sua trasformazione nell'*Amadis de Gaula*)”, *Annali della facoltà di Lettere e Filosofia* (Università della Basilicata), 1992-1993, pp. 105-125; Id., “La desmitificación del espacio en el *Amadis de Gaula*: los «castillos de la mala costumbre»”, en *Studia Aurea. Actas III Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro (Toulouse, 1993)*, III: *Prosa*, Toulouse-Pamplona, 1996, pp. 67-72.

llero, con la consiguiente ruptura del maleficio, subraya el carácter de elegido del protagonista como miembro de la institución providencial de la Tabla Redonda².

El motivo, como casi todo el material primitivo aprovechado por la materia artúrica, ha sufrido un proceso de racionalización que, a lo largo de las sucesivas reescrituras del género (Chrétien, *Lancelot en prose*, etc.) acaba por diluir en gran medida el misterio ligado a la *mala costumbre*, eliminando o cristianizando sus elementos maravillosos y reduciéndola a veces a simple muestra de maldad de un poderoso, justamente castigada por la acción del héroe. Subsisten, sin embargo, diversos elementos propios del motivo original, que ayudan a la identificación genérica del relato por el receptor, si bien dentro del nuevo marco de exigencias que plantea la estructura y finalidad de la obra concreta en que se inserte la aventura³. Entre ellos, aparte del valor negativo de la *coutume* como fuente de desorden anti-caballeresco, suele conservarse el recurso al combate, el rescate de prisioneros y diversos elementos de carácter topográfico: entorno agreste, emplazamiento rocoso, barreras acuáticas, etc.⁴

El motivo, así transformado, se emplea varias veces en el *Amadís de Gaula* aunque, como destaca Bognolo, su uso se concentra exclusivamente en el libro I, que es, como se sabe, el más próximo a "los antiguos originales (...) corruptos y mal compuestos en antiguo estilo"⁵ acabados de refundir por Montalvo hacia 1496. Bognolo analiza las aventuras vividas por Amadís en los castillos de los capítulos V (del caballero enemigo de Perión que apresa a los partidarios de este), V-VI I (de Galpano, violador de doncellas), XVIII-XIX (Valderín, castillo de Arcaláus, enemigo jurado de Amadís y los suyos durante el resto de la obra), y XXVI-XXVII (de Grovenesa, *belle dame sans merci* de Angriote, amigo del héroe) de dicho libro. Su análisis concluye que, si bien ninguno de estos casos desarrolla plenamente el esquema narrativo del *castillo de la mala costumbre*, su uso "integra il tipo tradizionale nel più vasto

² La realización literaria del motivo remite, al menos, al *Erec* y al *Yvain* de Chrétien de Troyes; véase A. Bognolo, "Dal mito (...)", p. 107, y la detallada referencia a otros textos artúricos consultados de las pp. 123-125.

³ Cf. A. Bognolo, "Dal mito (...)", p. 115: "in questo modo un motivo sopravvive alle condizioni storiche che lo hanno prodotto, divenendo un elemento connotatore di un genere letterario, (...) favorendo l'identificazione di un mondo legato in molti modi all'universo arturiano. Così la forma tramandata dalla tradizione si ripete (...) assumendo tratti di contenuto e significati nuovi".

⁴ Véase el inventario deducible de A. Bognolo, "Dal mito (...)", pp. 123-125.

⁵ *Amadís de Gaula*, Prólogo, ed. J. M. Cacho Bleuca, Madrid, Cátedra, 1987-1988, I, p. 225; remito a esta ed. sin más indicaciones a partir de ahora. Los "originales" designan el *Amadís* leído en el siglo XV, tal vez la tercera versión de la obra; véase sólo las pp. 80-81 de la Introd. de Cacho Bleuca. El material del libro I procede, en gran parte, del primitivo texto de comienzos del siglo XIV.

disegno del romanzo”⁶ en cada caso, sirviendo, bien de nexo entre episodios, bien de espacio marco para la presentación de personajes, bien de escenario donde brillan los valores ligados a la cortesía caballeresca encarnada en el héroe.

De modo un tanto sorprendente, Bognolo omite en su inventario la fortaleza de Bradoid, que, de nuevo desde el libro I (cap. XI), ofrece al lector rasgos que remiten al tipo del *castillo de la mala costumbre*, como escenario de una aventura que acabará poniendo a Amadís en contacto con su aún desconocido hermano Galaor, admirado testigo de su victoria, a quien armará caballero allí mismo.

Así, si bien no se hace mención previa a su posible fama de lugar siniestro, el castillo de Bradoid sí se presenta asociado a una doble barrera natural, acuática y forestal:

(...) un castillo muy fuerte que estava sobre una agua salada, (...) y era el más fermoso que avía en toda aquella tierra, y era assentado en una alta peña, y de la una parte corría aquella agua y de la otra avía un gran tremedal, y de la parte del agua no podían entrar sino por barca, y de contra el tremedal avía una calçada tan ancha que podía ir una carreta y otra venir, mas a la entrada del tremedal había una puente estrecha y era echadiza, y quando la alçavan, quedava el agua muy fonda, y a la entrada de la puente estavan dos olmos altos (...)⁷.

Para franquear el puente levadizo, Amadís ha de vencer a dos caballeros; una vez dentro del castillo, y atrapado en él al alzarse el puente, derrota a otros tres, entre los que está el señor del lugar, que salva su vida al rendirse. La inhospitalaria “costumbre” del lugar se explica luego y posee un tenue trasfondo maravilloso:

Urganda (...) le hizo venir allí que a su amigo de aquel castillo sacasse por fuerça de armas, qu’el su gran saber no le aprovechava para ello porque la señora del castillo, que de aquella arte mucho sabía, lo tenía primero encantado, y no se temiendo del saber de Urganda quisiéronse assegurar de la fuerça de las armas con aquella costumbre que el cavallero de los leones venció y passó la puente⁸.

La aventura concluye con la liberación del prisionero y el regocijo de Urganda y Galaor.

⁶ A. Bognolo, “Dal mito (...)”, p. 112. Valderín es el castillo más maligno; sin embargo, Amadís acaba allí como consecuencia de un don, no atraído por la *mala costumbre* (expresión que no se emplea en el episodio) del lugar, donde, además acaba quedando preso de la magia de Arcaláus. Bognolo, p. 113, n. 17, identifica equivocadamente con Valderín el castillo-trampa del libro III, cap. LXIX, aunque el error no afecta a las conclusiones de su trabajo.

⁷ *Amadis de Gaula*, pp. 332 y 334.

⁸ *Ibid.*, p. 340. Amadís había aparecido ante Galaor y su padre adoptivo el gigante Gandalás como “un cavallero armado sobre un cavallo blanco con unas armas de leones, y llegara a la puente que estava alçada y no podía passar, y dava bozes a los del castillo” (p. 334).

En los libros III y IV del *Amadís los castillos de la mala costumbre* ceden su puesto como escenario de hazañas caballerescas a las islas de gigantes, seres cuyo carácter anti-natural y terrorífico justificaría, según Bognolo, su apartamiento insular en una época que, como el siglo XV, parece expulsar los lugares extraños del ámbito geográfico de Occidente⁹. Sin embargo, la insularidad se enmarca aquí en la progresiva reorganización del espacio de la aventura que, en el tramo final de *Amadís* y especialmente en las *Sergas*, sustituye en gran medida el vagabundeo terrestre del caballero por los desplazamientos marítimos. Tanto la Ínsola Triste del gigante Madarque (III, cap. LXV) como la de Torre Bermeja, regida por Balán (IV, caps. CXXVII-CXXIX), se hallan a corta distancia de la Ínsola Firme (cinco y tres y medio días, respectivamente) y son conocidas por los marinos y los habitantes de otras ínsulas vecinas¹⁰. Y si Madarque se ajusta mejor al prototipo de jayán violento, dedicado a matar o apresar a los viajeros que pasan por sus dominios, Balán es un gigante caballero que defiende con canónica *courtoisie* la que explícitamente llama “la costumbre de esta ínsola”¹¹. Por otra parte, los episodios carecen de todo componente maravilloso fuera de la propia naturaleza extraordinaria de los gigantes, con los que el héroe combate extramuros de sus fortalezas; y la conversión de Balán, personaje probablemente creado por Montalvo para enlazar el mundo del *Amadís* con sus ficticios antepasados y sucesores *bretones*¹², da testimonio de la cristianización a que se ven arrastrados los viejos motivos¹³.

⁹ “È come se i luoghi inquietanti, divenuti irreali, fossero stati espulsi dallo spazio degli uomini, che appare totalmente conosciuto e dominato” (“Dal mito (...)”, p. 121). Cabe advertir, sin embargo, que el motivo de la isla del gigante se halla ya presente en el libro I: la primera hazaña del novel Galaor consiste precisamente en la reconquista de la Peña de Galtares, que había sido usurpada por el gigante Albadán, al que mata (véase caps. XI-XII, pp. 343-348). Recíprocamente, y a pesar de ubicarse en el libro IV, el episodio en que Grasandor se enfrenta al caballero bandido Galifón y sus hermanos conserva rasgos típicos del *castillo de la mala costumbre*; véase cap. CXXIX, pp. 1680-1690.

¹⁰ Los castillos insulares se describen de un modo genérico, aunque se resaltan su belleza y fortaleza: el de la Ínsola Triste, “muy poblada de árboles, y tierra hermosa al parecer” (p. 974), es “un castillo (...) muy fuerte y fermoso” (p. 975); la isla de Torre Bermeja “parcialmente muy hermosa, así la tierra de espesas montañas (...) como el asiento del alcázar con sus hermosas y fuertes torres, special aquella Bermeja que llamavan, que era la mayor y la de más estraña piedra fecha que en el mundo se podría fallar” (p. 1654).

¹¹ Esta consiste en combatir una hora contra él; véase cap. CXXVII, p. 1645. Las acciones de Madarque, cuyo carácter negativo se ve reforzado por la presencia de su bestial hermana Andandona (p. 981), son calificadas de “malas costumbres” por Amadís y Bruneo, que ven su erradicación como un deber de la caballería andante (p. 974).

¹² Hacia atrás, a través de Torre Bermeja, con José de Arimatea, padre de Josefo, constructor de la torre que da nombre a la isla (véase pp. 1654-1655); hacia el futuro, con Tristán de Leonís, Lanzarote y Galeote el Brun (véase pp. 1677-1678).

¹³ También la explotación de los isleños cristianos por el linaje pagano de Balán va en esta misma línea; la victoria de Amadís supone la liberación de estos cautivos espirituales. Igualmente, las connotaciones paradisiacas tradicionalmente ligadas a las ínsulas se ponen al servicio de la nueva concepción espacial de la época de Montalvo: la isla “es la más frutífera de todas las cosas”, especialmente rica en frutas y especias y muy frecuentada por los mercaderes (*rara avis* en los textos caballerescos, lo que da más relieve a su mención en el episodio; véase cap. CXXVIII, p. 1651).

La fusión de los motivos del *castillo de la mala costumbre* y de la fortaleza en poder de gigantes paganos y depredadores alcanza su punto de máxima intensidad ya en las *Sergas de Esplandián*, quinto libro de la refundición de Montalvo. El hijo adolescente de Amadís, misteriosamente desaparecido por obra de Urganda tras su solemne investidura al final del libro IV¹⁴, abre las *Sergas* probándose en el ascenso al imponente escollo de la Peña de la Doncella Encantadora, donde se guarda la espada mágica que, desde tiempo inmemorial, le está destinada¹⁵. Prosigue luego su travesía iniciática dejándose llevar por su misterioso piloto mudo hasta que "passados diez días (...) vieron la tierra firme, de que el Cavallero Negro ovo gran plazer, assí porque estava enojado de andar en el agua como porque le parecía perder tiempo sin se ocupar en otras cosas que él más desseava, que era en hallarse en algunas aventuras en que otra honra y prez pudiesse ganar"¹⁶.

La tierra en cuestión es la de la Montaña Defendida, casa solar de los gigantes parientes de Arcaláus. Su conquista constituye la primera gran hazaña de Esplandián, en un episodio que refleja en muchos de sus rasgos el tipo narrativo del *castillo de la mala costumbre*:

Si atendemos, en primer lugar, a la organización de la trama, vemos que Esplandián, tras desembarcar e internarse por una "senda que por entre muy espessas matas del monte guiaba", se siente estimulado a la acción heroica por las palabras de un "omne bueno hermitaño" que le informa sobre el lugar y sus moradores: gigantes paganos, "mala gente" opresora de cristianos, cuyo señor, el ya difunto Cartadaque¹⁷,

con su gran fortaleza, assí de la persona como de la montaña, sojuzgó mucha parte desta tierra; que, comoquiera que del un cabo tenga al rey de Persia, que es a la parte de la tierra firme, y del otro al emperador de Costantinopla con un pequeño brazo de mar, que en medio es, nunca por ningun dellos pudo ser sojuzgado ni ganarle esta montaña, tanta es su

¹⁴ Véase cap. CXXXIII, pp. 1761-1762. Esplandián desaparece junto a sus compañeros de investidura y generación, Ambor, Garinto, Maneli y Talanque, con los que integrará el quinteto protagonista de la primera parte de las *Sergas*.

¹⁵ Véase *Amadís de Gaula*, libro IV, cap. CXXX, pp. 1701-1709. Amadís, informado de quién es el destinatario de la espada, renuncia a intentar su conquista.

¹⁶ *Sergas de Esplandián*, cap. V; cito siempre por mi ed., Madrid, Castalia, en prensa. En el viaje del héroe se detectan ecos del *imram* céltico: tanto la Peña de la Doncella Encantadora como el Castillo de esta nueva aventura poseen reminiscencias del Otro Mundo, como *terre gaste* y prisión infernal respectivamente; igualmente significativa es la figura del piloto mudo. Sin embargo, como señala H. R. Pacht, en la Baja Edad Media los motivos narrativos del Otro Mundo, ya muy difundidos, "son ahora escenografías que sirven de fondo al fabuloso relato [de las aventuras caballerescas] y que pueden manejarse a voluntad" (*El Otro Mundo en la literatura medieval* [1950], México, FCE, 1986, p. 320). Pese a todo, Montalvo sabe aprovechar, como enseguida veremos en el caso de la Montaña Defendida, las connotaciones sobrenaturales que se derivan de tales episodios.

¹⁷ Arcabona, hermana de Arcaláus, es ahora la señora del castillo; en el libro II del *Amadís*, Cartadaque muere a manos de Galaor, poco después de que Amadís haya matado a su hijo Lindoraque y cortado la mano derecha de Arcaláus (véase, respectivamente, cap. LVIII, pp. 823-824, y LVII, pp. 811-812).

asperenza, ni por ello dexava él de fazer mucho lo que quería, assí contra el uno como contra el otro.

El castillo es, pues, un nido de lo que Esplandián considera "ministros y miembros del Diablo", criaturas ajenas al orden natural que son, por definición, los enemigos naturales del caballero representante de la civilización humana. A esto se añade un elemento de misterio que capta inmediatamente la atención de Esplandián¹⁸: su informante le revela que la señora del lugar, de regreso "poco tiempo ha de la Gran Bretaña (...) truxo muy encubierto un cavallero preso de gran valor", lo cual fue motivo de enorme alegría entre los habitantes del castillo. La posibilidad, confirmada en su momento, de que el prisionero sea el desaparecido rey Lisuarte, no hace sino espolear el deseo de Esplandián de medirse con los inquilinos de la Montaña, desatendiendo, como es de rigor, las alarmantes advertencias del ermitaño:

(...) ir quiero a ver esto que me dezís en qué forma está, y si pudiere saber quién es el preso que me dexistes.

El hombre bueno le dixo:

-¿E qué vos aprovechará averlo visto? No otra cosa, por cierto, sino morir o ser todos los días de vuestra vida en cativerio.

-Comoquiera que sea -dixo el cavallero-, no dexaré de probar el aventura que Dios me diere.

-Cavallero -dixo el buen hombre-, en las cosas que llevan razón son los hombres obligados de poner sus fuerças, porque de su trabajo se puede esperar y alcançar fruto; pero las que desta carecen dévense contar no solamente a gran locura, mas a desesperación conocida, donde claramente se aventura el cuerpo y el ánima. E por esto, entre los muchos exemplos y dotrinas que nuestro redentor Jesucristo nos dexó, en las cosas de grandes milagros que andando en el mundo en toda su vida fizo fue señaladamente una: que, comoquiera que del Enemigo malo fue tentado que fiziese algunas cosas a Él posibles y a nosotros muy impossibles, nunca quiso hazer sino aquello que por razón natural se devía, diziéndole que lo ál era tentar a Dios, dando a entender que assí lo avían de seguir sus servidores y no se poner a semejantes cosas como esta que empear queréis (...).

El Cavallero Negro le dixo:

-Buen amigo, mucho os agradezco el consejo que me dais, pero a mí me conviene seguir aquello para que nascido en este mundo fue, buscando y provando las cosas fuera de toda la orden de natura; que si assí no lo fiziesse, aquellos grandes sabios que sobre mi nascimiento y maravillosa criança muchos juizios echaron, no solamente su trabajo en vano quedaría, mas serían por mentirosos tenidos. Pues si en lo que de mí fablaron dixeron verdad, ¿qué mayor gloria para mí se puede haver que acabar yo las cosas impossibles y espantables a otros? E si por ventura su sabiduría

¹⁸ El texto subraya la aparición de ese interés desde el mismo comienzo de la conversación con el ermitaño, cuando Esplandián, "como en ál su pensamiento no tuviesse sino en saber nuevas del rey", repara en la turbación de aquel, también nativo de la Gran Bretaña, al conocer la desaparición de Lisuarte.

saliera mentirosa, quiero que parezca más a cargo y culpa de su flaco saber que a mi covardía. Solamente me queda un remedio: que esto sea empleado contra esta mala gente, ministros y miembros del Diablo, de los cuales tengo esperanza de aver vitoria; y si de otra manera fuere, el Señor en quien yo creo avrá piedad de mi ánima¹⁹.

Que el caballero es el elegido para poner remedio a la mala costumbre es algo que el lector del *Amadís* ya sabe, y que el propio Esplandián asume en su conversación con el ermitaño; e incluso éste, a pesar de su temor, parece intuir la superioridad heroica de su interlocutor, deslumbrado por la hermosura sobrehumana que contradice la luctuosa negrura de sus armas²⁰.

La conquista del castillo cumple también con otros requisitos del tópico. Esplandián ha de batirse, para despejar el acceso subterráneo al recinto (de donde, una vez dentro, no podrá salir²¹), con Argante, “un cavallero asaz grande” (cap. VI) que guarda la puerta, y luego con “un cavallero grande de cuerpo armado de unas armas verdes orladas con oro, [que] venía blandiendo una espada con la siniestra mano”, al que el gozoso conocedor del *Amadís* identifica en cuanto aparece, ya que se trata del mismísimo Arcaláus, refugiado en la Montaña tras su liberación²². Tras matar a ambos, Esplandián culmina la toma del alcázar propiamente dicho con la muerte de Furión, “un gigante mancebo de días (...) pero tan grande de cuerpo que cosa estraña era de lo ver”, y la posterior desactivación, gracias al poder de su espada, del encantamiento paralizante que la castellana Arcabona, madre del gigante, “la mayor encantadora y mágica que en gran parte se podría fallar”, había preparado en la gran sala del alcázar; hechizo gemelo del que, tiempo atrás, había interrumpido la conquista de Valderín, castillo de Arcaláus, por Amadís²³. La empresa concluye provisionalmente

¹⁹ El ermitaño le había prevenido ya antes contra “esta tierra tan peligrosa (...) donde, si algún remedio no tomáis en vos volver, no escaparéis de muerte o de cruel prisión”. La intervención de Montalvo, que con buenos “enxemplos y doctrinas” (*Amadís*, Prólogo, p. 225) busca para su refundición la dignidad de un *espejo* de caballeros, es muy visible en el diálogo.

²⁰ El ermitaño, al ver a Esplandián, duda de que sea humano debido a su “gran fermosura”; más tarde lo llama “cavallero más fermoso que nunca nació” (cap. V). El asombro que provoca la belleza de Esplandián es un motivo asociado de modo constante al personaje desde su infancia; en las *Sergas* llega a oscurecer incluso el relieve que, en este terreno, se le otorga tradicionalmente a la dama en la narrativa caballeresca. Las armas negras (que sólo cambiará tras liberar a Lisuarte) sirven de contraste, en la imaginación del lector, con la “resplandeciente” figura del héroe.

²¹ “(...) quedó el Cavallero Negro en la cueva encerrado de entrambas partes, sin saber qué de sí fazer pudiesse. E comoquiera que tentó las puertas, abrir alguna dellas no podía, porque eran tan fuertes y por tal guisa cerradas que en ninguna manera podían ser abiertas sino por aquellos que lo sabían” (cap. VI).

²² Conseguida artemeramente, a costa de la palabra caballeresca de Amadís; véase *Amadís de Gaula*, lib. IV, cap. CXXX, pp. 1719-1725.

²³ Véase lib. I, cap. XVIII, pp. 436-437. Esplandián consigue ahora derrotar completamente a Arcaláus, en una de las varias manifestaciones en las *Sergas* del *topos* de la superación generacional característico de los *romans* caballerescos definidos por Faral como

al ser liberado el rey Lisuarte de su calabozo. El desbordamiento final de la alegría, dada la naturaleza del castillo, ha de esperar al reencuentro definitivo entre Esplandián y su abuelo, que se dilata hasta el cap. XV por la aparición de varios personajes nuevos y episodios menores²⁴.

Como se ve, el desarrollo de la acción respeta a grandes rasgos el esquema del tipo, en la versión racionalizada ya comentada por Bognolo para el *Amadís de Gaula*. La cristianización de la aventura²⁵, que ya en el caso del encuentro entre Amadís y Balán nos había dejado intuir los intereses personales del refundidor Montalvo²⁶, cobra aquí una importancia nueva que ayuda a la integración funcional del episodio en la organización de las *Sergas*. Pues la Montaña Defendida es para Esplandián lo que la Ínsola Firme había sido para su padre: su primera conquista territorial, el primer lugar desde el que, más allá de su valor demostrativo de las excel-sas cualidades del héroe (perfección amorosa en Amadís, bélica en Esplandián²⁷), organizar toda su actividad exterior. Y esta, en el caso de Esplandián, cuyo personaje da cuerpo literario al renovado ideal de caballería cruzada que alcanza su plena formulación en el reinado de los Reyes Católicos²⁸, va a estar, así, orientada a combatir por la fe; y no ya contra gigantes, ajenos por naturaleza al ámbito humano, sino contra el gran imperio pagano de Persia, imagen especular y negativa de su vecino cristiano greco-bizantino. La Montaña Defendida, fronteriza por tierra con Persia pero separada del Imperio Griego por un estrecho brazo de mar, pierde su condición inicial de tierra de nadie, fulcro simbólico de

"*généalogiques*": véase J. M. Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Madrid, CUPSA, 1979, pp. 401-404.

²⁴ El motivo de la derrota de los gigantes de la Montaña se extiende aún al cap. VII, en que Esplandián mata a Matroco, hermano de Furión; Arcabona, desesperada, se suicida. Un último jayán muere en las cercanías del castillo en el cap. XV, a manos de Talanque y Ambor, compañeros noveles de Esplandián, justo antes de que éste vea descubierta su identidad. Fundamental es, en este intervalo, la aparición de la doncella Carmela, que será uno de los auxiliares más importantes del héroe a lo largo de toda la obra.

²⁵ Proclamada desde el cap. II de las *Sergas*, con la conocida crítica de Esplandián al estado de discordia permanente de la caballería, del que se distancia afirmando tajantemente que sus obras "serán más diversas que las de los otros, (...) más dignas de alcanzar galardón de Aquel que darlo puede. -E así fue [-añade el narrador-] como este cavallero lo dixo, porque sus grandes cavallerías, que en su tiempo par no tuvieron, fueron contra los paganos enemigos de la fe cathólica".

²⁶ Véase *Amadís de Gaula*, lib. IV, caps. CXXVIII-CXXIX. El prólogo del lib. IV (pp. 1302-1305), ocupado en gran parte por la alabanza de Esplandián como "cathólico y virtuoso príncipe", sintetizaba ya dichos intereses en relación con el modelo de caballería propuesto por el regidor medinés.

²⁷ Perfecciones profetizadas, respectivamente, en *Amadís de Gaula*, lib. I, cap. II (pp. 255-256), y lib. III, cap. LXXI (p. 1109).

²⁸ Las *Sergas* plasman, como "estoria fengida" (en la terminología adoptada por Montalvo desde el Prólogo del *Amadís*), lo que la cronística coetánea nos ofrece como Historia verdadera en textos como la *Crónica del Marqués de Cádiz*: véase, por ejemplo, Madeleine Pardo, "Les rapports noblesse-monarchie dans les chroniques particulieres castillanes du XV siècle", en *Les cultures ibériques en devenir. Essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon (1895-1977)*, [Paris], [Fondation Singer-Padignac], 1979, pp. 158-166.

un frágil *statu quo*²⁹, cuando cae en manos de Esplandián, cuyo cristianismo militante desencadena, al romper el equilibrio de poder en la zona, el conflicto que, a la postre, llevará a los “turcos” a su aniquilación, materializando sobre el papel (como había hecho Martorell tres décadas antes) las fantasías compensatorias que asediaban la culpable imaginación occidental desde, al menos, 1453³⁰.

A este valor funcional de gozne geopolítico del relato, la Montaña Defendida puede agregar otro simbólico, como espacio intermedio, de transición entre los dos polos (Cielo e Infierno) que definen el eje moral o *vertical* de la acción. La Montaña, en efecto, se presenta como un punto de acceso terrenal al Otro Mundo más amenazador, y su configuración como *castillo de la mala costumbre* (además de como *castillo de gigantes*) ayuda a subrayar este rasgo inquietante. Entra aquí en juego, en especial, el único de los elementos del motivo que nos queda por comentar en relación con la fortaleza: la topografía y disposición del castillo y sus alrededores, elementos a los que Montalvo presta una gran atención.

El lugar se describe, así, desde tres puntos de vista concordantes en sus apreciaciones: el panorámico de Esplandián, que se acerca a ella desde el mar (“vieron una montaña muy espesa de árboles en una gran peña tajada y hecha a manera de un muro en que la mar batía”, cap. V); el del ermitaño, que informa detalladamente al héroe de los accesos y defensas del alcázar (*ibid.*); y, en fin, el del narrador, que sigue cada uno de los pasos de su protagonista hacia, y luego por el interior de, la fortaleza (cap. VI). Ordenando los datos en función del avance de Esplandián, podemos aislar los siguientes rasgos espaciales significativos:

-*Barrera natural (mineral, acuática y vegetal)*: el castillo está situado en lo alto de un acantilado cortado a pico sobre el mar; la peña, rodeada de terreno boscoso y agreste, se halla casi aislada por el oleaje, resultando sus defensas casi inexpugnables del lado de tierra. Para acceder al recinto desde la ermita, Esplandián ha de abrirse paso “por un camino bien estrecho de muy espesas matas” y cruzar un puente levadizo que salva la barrera marina por su parte más estrecha, para luego ascender trabajosamente hasta la bien guardada puerta del recinto:

²⁹ Véase la cita del cap. V *supra*, donde, además de precisar la localización geográfica de la Montaña y su independencia frente a persas y griegos, se pone ésta en la cuenta de “la muy gran discordia en que estos dos muy poderosos señorios o imperios de muy grandes tiempos acá siempre han estado, faziéndose guerra muy cruel”.

³⁰ El conflicto, inexistente en los episodios bizantinos del lib. III de *Amadis*, se amplía en la parte final de las *Sergas* (caps. CXXIII-CLXXXII) hasta abarcar los límites novelescos del universo civilizado, planteando así un enfrentamiento total y excluyente entre “Paganía” y Cristiandad. Muy diverso, y mucho mejor adaptado al incierto contexto histórico, será el punto de vista desde el que se resuelva tal enfrentamiento (convertido en motivo canónico de los libros de caballerías) en el otro *padre* del género, el anónimo *Palmerin de Olivia* de 1511.

(...) en la gran torre del alcázar fieren las ondas, y cabe la torre está hecha una escalera de más de cincuenta passos fecha en la dura peña, en cabo de la cual ay una puerta de fierro que siempre es guardada por un cavallero armado en quien mucha fiança se faze, porque en aquella montaña no ay otra entrada ninguna, salvo aquella; que la mar la rodea casi toda, y lo que de tier[r]ja es guárdase con muy alto muro y fuertes torres, entre las cuales ay un pequeño postigo por donde no puede más de una bestia caber.

-Pues ¿por dónde passan a la puerta? -dixo el cavallero.

-Por una puente bien larga que de maderos es fecha, por donde los del alcázar salen, la cual prestamente se derrueca cuando alguna priessa viene (...) la puerta se cierra antes que el día passe con gran pieça (cap. V)³¹.

-Cueva infernal, subterráneo: dicha puerta se abre a una cámara excavada en la roca viva de la montaña (no, por tanto, un sótano, cripta o “bóveda”). Allí es donde Esplandián, encerrado por sus adversarios, vence a Argante y Arcaláus para forzar un paso hacia una segunda puerta que, por fin, se abre al aire libre, frente a la entrada del alcázar. El subterráneo, además de funcionar como una segunda barrera, asocia evidentemente la Montaña Defendida con el simbolismo ctónico de la montaña hueca y subraya el carácter iniciático del avance del héroe³².

-El alcázar, el castillo propiamente dicho, escenario de la doble prueba final frente a la fuerza bruta (Furión) y la acción mágica (Arcabona) del mundo anti-natural, presenta una disposición casi palaciega, con un patio de armas porticado que da acceso a su gran sala:

entró (...) en el corral [del alcázar], el cual de muy blancas y lisas piedras era labrado, assi el suelo como los pilares que los grandes corredores sostenian. Y enfrente dessa puerta (...) estava otra puerta grande (cap. VI).

El patio funciona en realidad como un palenque, un espacio de combate cerrado donde, a la vista del necesario público femenino (aquí, las dueñas y doncellas de la castellana Arcabona), Esplandián mata a Furión, y más tarde, ya dueño del castillo, a su hermano Matroco, en sendos duelos que, como pide el escenario, se desa-

³¹ Cf. el cap. VI, con una descripción más detallada por boca del narrador: “anduvo el cavallero por essa senda muy cerrada de la espessura de los árboles y a poco rato se falló en la ribera de la mar, y junto con el agua guiava la senda por donde seguía su vía; assi que en cabo dessa floresta falló un campo hermoso, en cabo del cual la peña vio que encima la montaña tenía, que le pareció de muy hermosas arboledas, y la peña alta, tajada como si a sabiendas se fiziera. Y tanto anduvo que llegó a la puente de los maderos por donde podían al castillo passar, y luego a más andar se metió por ella, assi que llegó presto al cabo, donde estava una pequeña plaça que una calçada de canto defendía que la mar no entrase en ella, y se juntava con la gran torre del alcázar por la una parte y en la otra las hondas batían con gran fuerça. El cavallero miró ar[r]riba y vio a una finiestra de la torre que sobre el agua caía estar dos cavalleros, el uno de los cuales le pareció de tan gran cuerpo y rostro que fue maravillado, y bien pensó que aquel sería el uno de los jayanes: el otro con gran parte no le igualava. Y a su diestra cerca de la torre vido el escalera labrada en la dura peña, y en la puerta encima dende estava un cavallero asaz grande armado de todas armas (...)”.

³² H. R. Patch, *ob. cit.*, pp. 87-88, asocia la “montaña hueca” con imágenes del Otro Mundo germánico en las que están también presentes los elementos topográficos fundamentales de nuestro motivo, tal como se presenta en la Montaña Defendida: camino a través de un oscuro bosque, puente, río-barrera alrededor, etc.

rollan según todas las reglas de la cortesía caballeresca, de acuerdo con una pauta racionalizadora con la que Montalvo integra en ciertos casos el primitivo (y, ya en su tiempo, fabuloso) tipo del gigante diabólico en el universo pre-moderno de sus planteamientos narrativos³³.

-Otros espacios interiores, igualmente esperables en una fortaleza, devuelven sin embargo al lector al ámbito de la tópica literaria. Así, en la “gran sala” acecha el *encantamiento* paralizador³⁴ que la virtud mágica de la espada del héroe vuelve inoperante; la misma espada —o su vaina— proporciona, con ingenuo simbolismo, luz para bajar al oscuro calabozo en el que yace Lisuarte, finalmente liberado de sus grillos³⁵. El *subterráneo* completa el motivo del descenso infernal y salvador del héroe que se había empezado a desarrollar en la “cueva” de entrada a la Montaña Defendida. Así repartido entre el comienzo y el fin de la conquista del lugar por Esplandián, ayuda a encuadrar el episodio entre las realizaciones del tipo secular del *château du mauvais usage*.

La fortaleza no es, en este caso, olvidada por el relato tras la victoria del caballero andante. Aunque éste parte hacia la Gran Bretaña en compañía de su recién liberado abuelo Lisuarte (cap. XXII), deja a sus compañeros Ambor y Talanque a cargo de la Montaña, a la que volverá en el cap. LIV para convertirla (como había hecho Amadís con la Ínsola Firme en su guerra con Lisuarte y los romanos de los libros III y IV) en su base de operaciones militares. La ubicación doblemente fronteriza del castillo es la idónea para ponerlo de este modo al servicio del ideal de cruzada con el que Garcí Rodríguez de Montalvo pretende insuflar, con su recreación de Esplandián, nueva vida y virtualidad socio-histórica a la

³³ Aunque soberbios y brutales, Matroco y Furión son buenos caballeros e insisten en que los suyos, como ellos, respeten en todo momento las reglas y resultado del combate. Matroco, como Balán, se convierte tras su derrota; sin embargo, muere, lo que le hace acreedor a una rica tumba monástica. El grado máximo de racionalización del tipo se alcanza en las *Sergas*, a partir del cap. XXXIII, con la figura de Frandalo, el corsario semi-gigante, pariente de los señores de la Montaña, que llega a ser el más importante consejero militar de Esplandián en su campaña contra Persia.

³⁴ “como (...) tuviese [Arcabona] essa gran sala encantada para cualquiera que sin su voluntad en ella entrasse, bien pensava que al primero passo que el cavallero diesse caería en el suelo sin ningún sentido, desapoderado de toda su fuerza” (cap. VI).

³⁵ “la dueña se entró por otra puerta en una oscura y pequeña casilla, y sacó del seno una llave y abrió otra puerta de fierro (...)

El cavallero le dixo: /(...)/

-Entrad vos delante porque si mal oviere lo primero sea vuestro.

-Bien veo -dixo ella- que mis artes no te pueden empecer (...) pero ¿qué será, que no ay luz con que ver puedas?

-Yo la daré -dixo él.

Entonces quitó la cubierta de la vaina de su espada, (...) y el resplandor fue tal que vio una escalera que iba faziá baxo; de que la dueña fue muy maravillada (...), estava como encantada perdi[d]o todo su saber.

Pues b[aj]ados por essa escalera, halláronse en una bóveda de canto, y vieron al un cabo della al rey Lisuarte ser encima de un lecho; y tenia al cuello una gruessa cadena y a los pies unos muy pesados adobes” (*ibid.*).

caballería literaria. De la Montaña Defendida parten las campañas de “guerra guerreada” durante las que Esplandián toma y saquea distintos lugares del reino de Persia, y desde allí organiza y dirige posteriormente las operaciones de la cruzada con la que la Cristiandad socorre, con mucho mayor celo que el mostrado en la realidad de cuarenta años atrás, a la sitiada Constantinopla; de allí saldrá, finalmente, como cabeza de la coalición cristiana, sólo para encaminarse hacia la apoteosis heroica de la batalla final ante la ciudad³⁶.

Este valor funcional de la Montaña Defendida como foco de la acción bélica durante la mayor parte de la obra puede haber influido en el intento de identificación que W. Th. Little ha llevado a cabo en su traducción inglesa de las *Sergas* al proponer que la fortaleza, por su situación y características, traspone literariamente el imponente castillo de Rumeli Hisari, sobre el Bósforo, a diez kilómetros de Constantinopla³⁷. Sin embargo, puesto a localizar castillos reales de factura similar a la Montaña, Montalvo podría haberlos encontrado mucho más cerca de Medina del Campo, su lugar de residencia. Por no poner más que un ejemplo (y puramente hipotético), en Gibraltar, de topografía casi insular y dominado por la mole del peñón, la *qasba* nazari de la Calahorra podría haber proporcionado un referente más que aceptable para el castillo de las *Sergas*³⁸.

Pero si tal búsqueda de *exteriores* por parte de Montalvo resulta difícil de probar, y aunque el conocimiento de fortalezas como la que describe no resulte improbable en el ámbito de la experiencia militar contemporánea³⁹, la filiación literaria del episodio es, sin

³⁶ Una primera misión de ayuda urgente a la urbe la encabeza Norandel, *compañero épico* del protagonista (cap. CXXVII; Esplandián llega sólo en los caps. CLXII-CLXIII). Por otra parte, la función bélica de la Montaña se reactiva una vez concluida la acción central de las *Sergas*: Norandel, por orden de Esplandián, ya emperador de Grecia, desencadena desde la fortaleza la definitiva campaña de aniquilación del poderío persa (cap. CLXXXII).

³⁷ Véase *The Labors of the Very Brave Knight Esplandián*, trad. William Th. Little, Birmingham, N.Y., Center for Medieval and Early Renaissance Studies, 1992, p. 84, n. 2. Rumeli Hisari (construido en 1452 por Mehmet II) se halla, sin embargo, en la orilla europea del Bósforo, lo que contradice la topografía del lugar descrita por Montalvo (cuyo conocimiento de la zona resulta difícil de justificar, por otra parte). Little, que prodiga este género de arriesgadas identificaciones en su traducción, propone también el alcázar de Otranto, reconstruido en 1485-1498, pero igualmente sugiere (véase p. 86, n. 6) que Montalvo puede estar evocando los alcázares de Segovia, Sevilla (!) o Granada.

³⁸ R. Arié señala que los torreones de las alcazabas (“qasbas”) nazaries se situaban (como en la Montaña Defendida) en un ángulo del recinto, no centradas como en castillos cristianos, y cita el ej^o de Gibraltar, cuya “puissante Calahorra, bâtie à l’angle oriental de l’Alcazaba (...) entre 1342 et 1344 (...) surplombe la ville et la baie; elle offre au-dessus d’une base massive des chambres à voûtes et à coupoles”, con 20 m de altura total (*L’Espagne musulmane au temps des Nasrides*, París, E. de Boccard, 1973, p. 235).

³⁹ Montalvo no participó en la guerra de Granada (a la que jamás alude como algo vivido en persona), y si, posiblemente, en la previa guerra de sucesión de Enrique IV entre sus señores, los futuros Reyes Católicos, y los partidarios de la legítima heredera de Castilla, Juana. A los datos biográficos proporcionados por los trabajos de N. Alonso Cortés, M. de Riquer, o J. B. Avallé-Arce comentados en la introducción de J. M. Cacho Bleuca al *Ama-*

embargo, innegable. La Montaña Defendida representa el último, más elaborado y, por su significación, principal estadio en la variada serie de representaciones del *castillo de la mala costumbre* incluídas por Garci Rodríguez de Montalvo en su reescritura del *Amadís*. Su descripción, y la de la aventura que en él se desarrolla, ostenta muchos de los rasgos del tipo, para los que podríamos encontrar paralelismos en textos como el *Lançarote* en prosa, la *Demanda* de la Post-Vulgata o el *Tristán de Leonís*, casi con seguridad conocidos por el autor⁴⁰; pero, y esto es aún más interesante porque parece acercarnos a los métodos de trabajo de Montalvo, permite evocar episodios similares sin salir de los materiales heredados por él con el *Amadís de Gaula* manuscrito que, sin duda, se contaría también entre sus más apreciadas lecturas de juventud⁴¹. Así, por ejemplo, los motivos del descenso iniciático al subterráneo y de la cámara encantada estaban ya presentes en el castillo de Valderín, asociado por otra parte a Arcaláus⁴². Y, sobre todo, la presentación del castillo de Bradoid, ya comentada, pone en juego buena parte de los elementos topográficos y arquitectónicos que luego se emplean en la Montaña Defendida: peña, barrera acuática marina casi anular, bosque y camino de acceso controlado por un estrecho puente levadizo. Y, lo que es aún más revelador, en la mente de Montalvo está presente Bradoid a la hora de escribir (o reescribir⁴³) el episodio de la Montaña Defendida, como explícitamente hace saber a sus lectores al comentar las virtudes desencantadoras de la espada de Esplandián:

dis, pp. 72-75, W. Th. Little, ob. cit., pp. 10-17, y E.J. Sales, "Garci Rodríguez de Montalvo, regidor de la noble villa de Medina del Campo", *Revista de Filología Española*, LXXIX (1999), pp. 123-158, puede añadirse, aunque con reparos, A. Blanco, *Esplandián. Amadís. 500 años*, Valladolid, Diputación, 1998. La actividad bélica de los Montalvo al servicio de la causa fernandina está atestigüada al menos desde 1477, en que el rey, tras tomar la fortaleza de Monleón, la deja encomendada "a vn cauallero su criado, que se llamaua Diego Ruiz de Montaluo -hermano de nuestro autor-, natural de la villa de Medina del Campo" (H. del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. LXXXVI (1477), ed. J. de Mata Carriazo, Madrid, 1943, I, p. 304).

⁴⁰ Para tales paralelismos, véase el Apéndice *infra*.

⁴¹ El reaprovechamiento y geminación de materiales por parte de Montalvo no justifica la acusación de autoplagio con la que tradicionalmente se le ha intentado desprestigiar; tal técnica, nada rara en el Medievo, parece además lógica en un ciclo narrativo genealógico como el de *Amadís-Sergas*. Por otra parte, y a pesar del desconcierto que en el lector moderno puedan producir sus glosas políticas y doctrinales, el trabajo del refundidor revela una infinita afición a la obra y a su héroe original: Amadís representa, precisamente, no la condena sin más de la caballería cortesana, sino su posibilidad de regeneración no ascética a partir del modelo providencial encarnado en Esplandián, como demuestra una lectura seguida de los cinco libros del ciclo.

⁴² A. Bognolo, art. cit., pp. 113-114. El episodio subterráneo es equivalente al vivido por Amadís en Valderín; véase C. López Alonso, A. Redondo y C. Sainz de la Maza, "Aproximación a la arquitectura espacial del *Amadís de Gaula*: análisis del cap. XVIII", en *Espaces*, Toulouse, Univ. de Toulouse-Le Mirail, 1989, pp. 127-142.

⁴³ La Montaña, con su detallista fidelidad morfológica y episódica al motivo del *castillo de la mala costumbre*, puede tener su origen en alguna aventura heredada del primitivo *Amadís*, pero parece evidente que ha sufrido, a manos de Montalvo, un concienzudo proceso de adaptación que la pone por entero al servicio de su personal planteamiento del ciclo genealógico Amadís-Esplandián.

E como el encantamiento de la espada muchos tiempos antes fue fecho, ninguno de los que después se fizieron podían ser bastantes a lo desatar; y por esta causa, aunque Urganda la Desconocida fuesse en estas artes tan señalada en el mundo, como esta gran historia vos ha contado, no bastó tanto su saber que del castillo de la Calçada al su muy feroso y amado amigo sacar pudiesse, por estar antes el castillo encantado por la señora dél, y lo sacó Amadis por fuerza de armas como se vos ha dicho en la parte primera (cap. VI).

La Montaña Defendida es, pues, un segundo “castillo de la Calçada”, corregido y ampliado, por más que el término “calçada”, que ayuda a establecer el vínculo entre ambos en la conciencia del lector, se refiera en cada caso a realidades distintas, que el propio texto describe con claridad. Así, mientras que la de acceso a Bradoid es una carretera bien pavimentada que recuerda a las calzadas romanas y cuya anchura ayuda a destacar la dificultosa estrechez del puente de entrada al castillo, la “calçada” de la Montaña designa un dique o malecón⁴⁴ que protege del oleaje la plazoleta desde la que, ya pasado el puente levadizo, Esplandián emprende el ascenso hacia la puerta del recinto.

En conclusión, la muy visible pertenencia de la Montaña Defendida al tipo del *castillo de la mala costumbre*, y el mayor grado de elaboración de éste en relación con sus anteriores apariciones en el *Amadis de Gaula*, una de las cuales —Bradoid— puede considerarse, en gran parte, como su antecedente directo, pone de relieve que Montalvo, lejos de ser, como se pretende a veces, un torpe artesano literario dedicado al saqueo de una obra maestra, aborda su refundición del *Amadis* siguiendo un plan cuidadoso, en el que las piezas narrativas del universo artúrico-cortesano se reutilizan al servicio del impulso magnificador que, en las *Sergas*, subraya la necesaria sucesión heroica generacional, de Amadis por su hijo Esplandián, en el seno del inigualable linaje de Gaula-Gran Bretaña. Ciclicidad heroica que supone, en la perspectiva del refundidor, el triunfo de un nuevo modelo caballeresco político, cristiano militante, a tono con los planteamientos impulsados desde la corte de los Reyes Católicos en los años finales del siglo XV⁴⁵. Militancia

⁴⁴ Véase J. Corominas y J.A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980, I, pp. 742b-743a; tal acepción parece remitir al catalán y, a través de éste, al mozárabe valenciano.

⁴⁵ La desviación de la violencia interior de la élite cristiana hacia el moro, su enemigo *natural*, la proponía ya Alonso de Cartagena, en el seno de un proceso de transformación de modelos caballerescos que ha estudiado J.D. Rodríguez Velasco, *El debate sobre la caballería en el siglo XV*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996. Es problemático calibrar en qué medida puede considerarse ligada la labor de Montalvo al programa multidisciplinar de propaganda en el que se integraban los ideales de cruzada durante el reinado de los Reyes Católicos; un programa auspiciado por “los reyes, su corte y unos círculos cuya extensión es difícil medir” (A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, Cuadernos Colombinos, 1983, p. 170), conocedores de las tradiciones proféticas castellana (neogotista) y aragonesa (restauración del reino de Jerusalén) ambi-

cristiana contra el Islam, transmutado en el mundo pre-artúrico de las *Sergas* en persas y “turcos” paganos, que explica el relieve estructural que, como espacio equivalente, pero superior, al castillo de amor de la Ínsola Firme, cobra la Montaña Defendida como cabeza de puente y base para la destrucción total del enemigo religioso puesta en marcha por Esplandián.

Que la importancia narrativa de la fortaleza no pasó inadvertida en su momento lo demuestran las ilustraciones de portada de algunas de las ediciones conservadas de las *Sergas*. En casi todas ellas una imagen ecuestre identificable con Esplandián constituye, lógicamente, el motivo central del grabado que encabeza la obra⁴⁶; en dos casos, además, el fondo sobre el que se recorta la figura del protagonista convierte la escena en una representación del episodio de la Montaña Defendida. Así, la portada de la más antigua edición conservada, la toledana de 1521 (figura I), con un sentido gráfico muy narrativo, muestra a Esplandián saliendo, espada en mano, de un estilizadísimo bosque y recorriendo al galope el tramo de litoral desnudo que lo separa del imponente peñón cortado a pico sobre el que se alza, como un nido de águilas, la fortaleza, en la que destaca, como en el texto, el torreón con los ventanales desde los que se divisa la costa y el mar. Faltan el puente, la “calçada” y la puerta subterránea, y el doble cerco de murallas torreadas que rodea a la gran torre se aparta también de la descripción de Montalvo⁴⁷, pero el dinamismo de la escena y la nítida definición gráfica del carácter inexpugnable del castillo traducen de modo muy efectivo la tensión que el episodio busca crear en el lector del texto⁴⁸.

guamente aplicables a la justificación del imperialismo que anima la política de la Corona tanto en el frente granadino y norteafricano como en el más comprometido del Mediterráneo centro-oriental.

⁴⁶ La excepción podría ser Sevilla 1526, cuya escena de torneo puede evocar, aunque con alguna inexactitud, las cortesanas justas con las que, ante la cercada Constantinopla, se entretienen sitiadores y sitiados en el cap. CLIII de las *Sergas*, antes de la llegada de Esplandián a la ciudad. La imagen ecuestre de un caballero armado sobre un rudimentario fondo de paisaje, habitualmente adornado por algunas plantas y un castillo, es típica de las portadas librocaballerescas, como recuerda J. M. Cacho Blecua, “El género del *Cifar* (Cromberger, 1512)”, en *La invención de la novela*, Madrid, Casa de Velázquez, 1999, p. 95; en las *Sergas* solo rompe esta pauta la edición romana de 1525, que repite, por otra parte, un manidísimo motivo *Cromberger*, un caballero de paisano, tocado con una gorra emplumada y acompañado por pajes a pie. Estudia la tipología evolutiva de todos estos motivos J. M. Lucía Megías, *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000.

⁴⁷ También la figura de Esplandián se aparta del episodio en un par de detalles significativos: el caballo (atributo caballeresco secundario en buena parte de la obra, pero esencial en la iconografía del género) y el yelmo de fantasía, abierto y rematado por un dragón alado, ajeno a la tradición de armamento arcaico estudiada por M. de Riquer, “Las armas en el *Amadís de Gaula*”, en *Estudios sobre el Amadís de Gaula*, Barcelona, Quaderns Crema, 1987, pp. 55-184.

⁴⁸ La plancha no tiene, por supuesto, que haber sido concebida originalmente para las *Sergas*, si bien, en cualquier caso, su empleo en la portada de la obra me parece indicio de una determinada sensibilidad editorial hacia el contenido del texto. El grabado en cuestión corresponde al tipo denominado por J. M. Lucía “Caballero jinete con espada desenvainada sobre caballo a trote” (*ob. cit.*, p. 201), identificado con la sigla CJ: 10 para la plancha

La plancha que abre las *Sergas* burgalesas de 1526 (figura II), parientes muy próximas de las anteriores⁴⁹, reproduce el mismo modelo iconográfico⁵⁰. Sin embargo, aborda de un modo mucho más torpe la presentación de la figura del héroe, mofletudo y carente del esquemático pero expresivo gesto de determinación del caballero de 1521, gesto que se reforzaba con la dinámica manera de empuñar, en actitud de combate, la espada, ahora cómodamente apoyada sobre el hombro. Y de desastrosa cabe calificar la colocación del jinete en el paisaje, en el que, como antes, se distinguen el lindero del bosque, la ribera y la Montaña Defendida: ¡Esplandián da la espalda a esta y cabalga derechamente hacia la “floresta”! El lector de la obra sabe que el héroe, tras liberar a Lisuarte, vuelve a la ermita de la que había partido para descansar y recuperarse de sus heridas, de modo que para él la ilustración no es ajena al relato; para quien no conozca las *Sergas*, sin embargo, la escena no ofrece el menor atisbo de la tensión que puede esperar disfrutar con la lectura del episodio, y la Montaña, al fondo, no pasa de recordar vagamente los motivos arquitectónico-paisajísticos frecuentes en la pintura de la época, con la que las viñetas comentadas mantienen unas rudimentarias relaciones de parentesco. La imagen de la fortaleza, de la que solo se ve la gran torre, merece, de todos modos, una última observación. El torreón está ahora directamente colgado sobre los acantilados y el mar, como pide el texto, aunque la altura de las rocas no resulte ni mucho menos impresionante. Destaca por su aspecto macizo, reforzado por las torretas circulares de las esquinas, y no descuida tampoco el gran ventanal abierto sobre el mar. Sin embargo, las almenas han sido sustituidas por una monumental cubierta abovedada de medio cañón que se cierra con lo que parece un frontis en forma de concha, elementos ambos que nos trasladan al ámbito arquitectónico y decorativo del pleno Renacimiento. La interpretación de un antecedente común revela así, también en el ámbito iconográfico, la actitud modernizadora característica de ciertos impresores de libros caballerescos en el siglo

interior tomada del *Aureum opus*, Valencia, Diego de Gumiel, 1515 (*ibid.*, p. 582), que es idéntica a la de las *Sergas* de 1521. Para J. M. Lucía, que señala la incipiente cortesanización del cuadro heroico-caballeresco, así como las licencias que la fantasía historicista se toma con la indumentaria del jinete, tanto la figura del *Aureum opus* como su modificación en la portada del *Arderique*, Valencia, Juan de Viñao, 1517 (CJ: 11), “suponen una clara reelaboración de un modelo inicial” (p. 201) de más que probable éxito. ¿Cabría, quizás, arriesgar la hipótesis de que ese modelo iconográfico inicial se hallase asociado a una obra de peso como las *Sergas*, a pesar de los ecos valencianos del dragón alado que forma la cimera del caballero?

⁴⁹ Toledo 1521 y Burgos 1526 forman, con Roma 1525, una rama de la tradición textual diversa de la representada por *Sevilla 1510 (que se contaba entre los libros de Hernando Colón), 1526 y 1542.

⁵⁰ J. M. Lucía describe el tipo como “caballero jinete armado sobre caballo a trote (...) pero con espada sobre el hombro” (*ob. cit.*, p. 202) y lo ejemplifica con nuestras *Sergas*, Burgos, Juan de Junta Florentin, 1526, como CJ: 14, recogiendo también otras variaciones posteriores (*ibid.*, p. 583).

XVI⁵¹; en este caso, Juan de Junta parece haber sentido la necesidad de serenar un tanto la línea tardogótica original de la Montaña Defendida, dándole así un último, y un tanto incongruente, giro al motivo novelesco del *castillo de la mala costumbre* en el gran ciclo fundacional de los Amadises.

⁵¹ Los cambios, muy superficiales si comparamos las *Sergas* de Toledo (las más cercanas, con Roma, a la versión primitiva) y Burgos, resultan más llamativos si consideramos las ediciones sevillanas, por no hablar de los retoques sufridos por los textos de finales de siglo. Sobre estas prácticas de *aggiornamento* estilístico, usuales en el género caballeresco, véase G. Eisele, "A Comparison of Early Tristan Texts in Sixteenth-Century Spain", *Romance Philology*, XCVII (1981), pp. 373-377.



Las sergas del virtu
 oso caualllo esplan
 diãhyo ò amachí de gaula

Figura I: Portada: *Sergas de Esplandián* (Toledo, 1521)

Las sergas de Esplándian.



✠ 1526. ✠

Figura II: Portada: *Sergas de Esplandián* (Burgos, 1526)

APÉNDICE

En la tradición bajomedieval de las prosificaciones artúricas puede rastrearse buen número de paralelismos con los elementos integrantes del episodio de la Montaña Defendida, dispersos aquí y allá en las distintas recreaciones del motivo del *castillo de la mala costumbre*. Los parecidos, que no implican, en principio, relación genética alguna, son más abundantes en el *Lanzarote* en prosa y afectan preferentemente a la descripción de la imponente apariencia, emplazamiento y dificultad de acceso (barreras físicas, defensas, guardianes) al lugar visitado por el héroe de turno. Pueden comprobarse en los casos siguientes:

-Castillo de la Guardia Dolorosa (*Lanzarote del Lago [=LL]*, trad. C. Alvar, Madrid, Alianza, 1987-1988, I [*Libro de Galahot*, 1]: *La reina del gran sufrimiento*, cap. XXIV, pp. 207-221): dos doncellas advierten a Lanzarote (el novel Caballero Blanco) del peligro y de la costumbre de matar o apresar a los caballeros en el castillo; este es “altivo y hermoso, bien asentado, pues toda la fortaleza está sobre una alta roca escarpada (...) nada pequeña (...)” Al pie de la roca, por un lado, corre el río Humber, y por el otro pasa un gran río que nace de más de cuarenta fuentes (...)” (pp. 208-209).

-Calzadas fortificadas de acceso a la tierra de Sorelois (*LL*, II: *El libro de Galahot*, [2], cap. LIII, p. 400): los pasos discurren “sobre una calzada estrecha y escarpada”, larga y a gran altura sobre el agua, cerrada por “una torre alta y fuerte”.

-Castillo de la Estrecha Marca (*Ibid.*, cap. LXI, pp. 498-524): se halla en la frontera entre tres señoríos (ducado de Cambenyna, reino de Norgales y reino de Malauquín, primo de Galahot “el hijo de la jayana”), en un emplazamiento “tan fuerte, que no hay cosa que se pueda temer, sino el asedio, (...) sobre una gran roca firme por una parte, por otro lado pasaba un río grande, profundo, caudaloso y veloz, y por otra parte había una empalizada alta y tupida (...) y un pantano (...). Por la parte por la que llegaba Héctor estaba la roca alta y escarpada, y por allí pasa el camino” (p. 498).

-*Paso peligroso* de la calzada sobre el Ausume (*Ibid.*, cap. LXVII, pp. 591-593): Galván es informado por el ermitaño de la Montaña Roja del camino y de los peligrosos defensores del paso.

-Acceso a la morada de Morgana en el Valle de los Falsos Enamorados (*LL*, III: *El valle sin retorno*, cap. XCV, pp. 849 y ss.): Lanzarote derrota sucesivamente a dos caballeros con hachas que defienden la entrada de la sala al otro lado del puente-escalinata sobre el fuego. Sale por la puerta un tercer caballero completamente armado; cae de rodillas por los golpes de Lanzarote, para luego intentar huir a la habitación de Morgana, donde morirá al cortarle el héroe una pierna y la cabeza

-Acceso al castillo del mal caballero violador de doncellas (*LL*, IV: *El libro de Meleagant*, cap. CXXXVIII, pp. 194-199): Héctor es avisado por carteles y doncellas del peligro; derrota al caballero que defiende el puente de entrada al castillo, y luego al señor de este; libera a la antigua señora del lugar, presa en un sótano.

-Castillo de Terraguel (*LL*, VI: *El bosque perdido*, cap. CLVII, pp. 1531-1534): “fuerte, grande, rodeado de un río que tenía un puente firme y ancho” (p. 1531). Una doncella advierte del peligro a Lanzarote, que conquista el castillo tras matar a su portero y, ante el rastrillo de entrada a la torre principal, a “dos gigantes grandes y extraordinarios” (p. 1532).

-Castillo de la Isla Lejana o de Estranglot (*Ibid.*, cap. CLIX, pp. 1553-1557): el rey Vagor mantiene allí injustamente preso a Lionel; una doncella informa a Lanzarote: el castillo se halla hacia Poniente, a menos de una jornada, al otro lado de un bosque. Es un “lugar fuerte, bello y extraordinariamente rico, construido en una colina sobre roca viva; solo tenía una entrada, tan estrecha que apenas podían pasar por ella dos caballeros de frente” (p. 1553). Lanzarote libera a Lionel venciendo a Marabrón, hijo de Vagor.

-Castillo de la Colina Prohibida (*Ibid.*, cap. CLXII, pp. 1565-1574): Lanzarote es informado por un fraile: el castillo, cuyo nombre calca la Montaña Defendida, está situado “por la parte del Bosque Peligroso” (p. 1565), y se alza “en aquella colina, tan fuerte y tan bien asentado que no teme ni asedio ni ataque a la fuerza (...). [Su constructor] hizo que todos los caminos de la colina dieran en uno solo, tan malo y estrecho que no podía pasar por él más que un caballero, y a pie. Luego (...) mandó levantar una cruz al pie del monte, donde colocó un cartel que prohibía subir” (pp. 1566-1567). El señor del castillo aprisiona a caballeros de la Tabla Redonda. Lanzarote atraviesa el bosque, donde un ermitaño lo bendice, y sube a pie por el mal sendero de la colina.

Las semejanzas se atenúan hasta casi desaparecer en los escasos *castillos de la mala costumbre* que aparecen en la *Demanda del Santo Grial* (versión Vulgata; trad. C. Alvar, Madrid, Editora Nacional, 1984): el de las Doncellas (caps. XLIV-XLCVI, pp. 76-80), el de Carcelois (caps. CXLIII-CXLV, pp. 270-274), y otro también llamado “de las Doncellas” (caps. CXLIX-CLV, pp. 278-288), para reaparecer en la *Demanda* castellana del ciclo de la Postvulgata, en el episodio del Castillo Follón (ed. de 1535, en *Libros de caballerías*, I: *Ciclo artúrico. Ciclo carolingio*, ed. A. Bonilla y San Martín, Madrid, Bailly-Ballière, s. a. (NBAE, VI), caps. 271-286, pp. 265-269): el castillo “era (...) de los de la tierra aderedor de si, quanto una gran jornada despoblado por todas partes” (p. 265b); una doncella advierte a Galaz, Estor y Merengis para que no se acerquen allí, pues “ningun cavallero ni donzella que ay entra non sale, ante quedan ay todos en prison” (p. 265b); el castillo es pagano, fundado por Gamanassar, descendiente de Priamo de Troya, y se resistió tanto a la palabra de San Agustín, evangelizador de Britania, como al poder regio de Uter Pendragón y, luego, de Arturo⁵².

⁵² El conocido episodio del Castillo del Ploto del *Tristán de Leonis* castellano de 1501 se halla, por su parte, morfológicamente muy alejado de la Montaña Defendida; remite al tipo narrativo de las islas de gigantes, como ya sucedía en el *Amadis* con la fortaleza de Balán. El texto omite, además, cualquier detalle sobre su emplazamiento y apariencia; véase la ed. de M^a L. Cuesta, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1999, cap. XXI, pp. 48-49.